



A palabra das fillas de Eva

Teresa Moure

Vigo, Editorial Galaxia, 2004

Una sola persona me enseñó cuanto sé sobre el funcionamiento social de la metáfora, el punto de cocción del arroz, los múltiples significados del blanco para los esquimales, lo inapropiado de decir *esquimal* en vez de *inuitl*, la inutilidad de llorar sobre la leche derramada, la velocidad a la que crecen las crías de las plantas, la diferencia entre pensamiento y lenguaje, la identidad entre lenguaje y pensamiento, la posibilidad de contestar en otra lengua, la imposibilidad de no contestar, la vanidad de categorizar el universo, pero lo inevitable de los universales. Esto último, en una clase de tipología lingüística donde varias alumnas y un solo alumno asistimos entre risas al intento fallido de algún clérigo para clasificar las cosas de este mundo. El orden apretado del pensamiento escolástico invitaba a pensar, Moure y Foucault mediante, en la tarea de aquel emperador chino que Borges imaginó encerrando en una enciclopedia el horizonte de todo lo sabido y por saber.

Teresa Moure es una profesora excepcional, y de su singularidad damos testimonio todas las personas que hemos tenido la suerte de asistir a sus lecciones de teoría del lenguaje. Y si empiezo por declarar el vínculo que me une a ella es para hacerle justicia a la expresión “honestidad intelectual”, pronunciada por ella como colofón de aquella misma clase salpicada de risas, como todas las suyas. Aclarado este afán de honestidad -ya no sé si académica- que aquel día abracé como divisa, a partir de ahora intentaré seguir otra de las máximas que he aprendido, esta vez no de una lección magistral, sino de su ensayo *A palabra das fillas de Eva*. Me refiero a la regla de cortesía, reconocida por la lingüista Robin Lakoff como reformulación del principio de cooperación que regía, según Grice, el intercambio comunicativo (p. 74-75). Así que cortesía. Hemos venido a aquí a hablar de este libro. Y de lo que habla este libro es del lenguaje.

En Moure la lingüista y la escritora son dos, y son la misma. Ella dice que la ciencia y la tecnología fueron invención masculina (p. 117), pero cómo no aducir aquí a Hipatia de Samos, la inventora, celebrada por el poeta Alfonso Pexegueiro, y a tantas otras científicas que defienden como propio el territorio humano de la inteligencia. La curiosidad mató al gato y a Pandora. Aspasia no fue únicamente la mujer de Pericles, Hildegarda de Bingen no sólo era poeta, sino también doctora y Beatriz fue maestra de estrellas para Dante. Y cómo no aducir, sobre todo, a la científica Moure,

que es por veces un vivo contraejemplo de la escritora Moure. Yendo a la contrafábula que da título al libro, la serpiente, cifra de las mujeres que se atrevieron a saber, es hoy, y no por nada, el animal que adorna las farmacias. A veces el veneno equivale a la cura.

La prosa ensayística siempre agradece la confrontación, el punto exacto donde se dan la mano, después de guerrear hasta la muerte, belleza y eficacia. Sucede en pasajes como los siguientes: “Homes e mulleres poderíamos estar habitando tribos separadas pola linguaxe e, ao mesmo tempo, condenadas a entenderse nunha mestura de afectos, amores, desexos e intereses capaz de desbaratar ata a conciencia. Trataremos, un pouco máis adiante, esas diferenzas, mais deteñámonos antes nos preliminares, nos asuntos que nos arrebatan os ollos e nos condenan a non mirar esas diferenzas” (p. 58). O en esta glosa de los proverbiales encuentros con un desconocido dentro del ascensor: “Cando atopo a alguén nun ascensor, non preciso recabar información ningunha mais a linguaxe florece para a cortesía” (p. 75). O, en el fragmento que cierra la obra, hablando de la Diosa creadora de la vida y de la palabra: “Inventou os adeuses como unha desculpa para dar apertas nos reencontros” (p. 123). En este ensayo, digámoslo de antemano, brillan a un tiempo la pensadora y la escritora.

La pensadora parte de la hipótesis de que el lenguaje es el principal dispositivo de poder en la relación entre sexos (pp. 53-58). A mi entender, el argumento más poderoso del libro es el que cuestiona el entendimiento del lenguaje como comunicación o como representación para proponer su interpretación como fuente de poder. Son muchos y fructíferos los interrogantes que plantea siempre la cuestión del poder, sobre todo cuando es traída por –o en nombre de– los grupos dominados. ¿Es legítima, por ejemplo, la aspiración al poder por parte de estos grupos, o deben limitarse a denunciar la ilegitimidad de los poderes vigentes? ¿Equivale siempre poder a dominación? La complejidad inherente a la cuestión se deja ver en el hecho de que en algunos pasajes del ensayo la autora emplea el término “antipoder” como meta, mientras que en otros tramos reconoce abiertamente la posibilidad, e incluso la oportunidad, de forjar poderes alternativos a los dominantes (p. 112).

El entendimiento del discurso como dispositivo de poder, al modo foucaultiano, explicaría que el lenguaje, según Moure, se haya constituido en el artefacto social responsable de la oposición género-sexo (p. 116). *A palabra das fillas de Eva* puede interpretarse, en este sentido, como un ensayo sobre la diferencia sexual. No por casualidad la autora se manifiesta abiertamente a favor del feminismo de la diferencia. Con todo, pese a tratarse de una hipótesis bien sugerente, el papel prioritario desempeñado por el lenguaje en la división sexual es una idea, en último término, indemostrable. Desde luego, en este juicio estaríamos aplicando de modo axiomático valores científicos (como la necesidad de que una hipótesis sea sometida a prueba empírica) tal vez inoportunos para este ensayo, dada su lógica deliberadamente narrativa y crítica con los modelos científicos al uso.

Al feminismo de la diferencia le debemos el reconocimiento de que somos diferentes. Seamos diferentes también entre nosotras. Porque sabemos que hay mujeres que apenas acusan el síndrome premenstrual. Mujeres a las que viene holgada la etiqueta “heterosexualidad” y demasiado estrechas las etiquetas “homosexualidad” o “bisexualidad”. Mujeres que a la inversa, por supuesto. Mujeres que no quieren tener hijos, o “al menos no por ahora”. Mujeres que creen en el amor pero no en la pareja. Mujeres que creen en la pareja y que por eso mismo no viven en pareja. Mujeres que tratan de ensayar junto a sus compañeros o compañeras nuevos modelos de convivencia, para no darle toda la razón a aquel refrán castellano que veía en el matrimonio la tumba del amor.

Una vez Donna Haraway descubrió para el feminismo contemporáneo la utopía del *cyborg*, ya no es posible pensar del mismo modo el cuerpo de las mujeres. Digámoslo más directamente, y en compañía de algún poema de Chus Pato: ya no es posible pensar *de un modo natural* en nuestro cuerpo. Reconquistemos el cuerpo, nos dice el feminismo de la diferencia, pero habría que empezar por insistir en que uno de los procesos más interesantes y perturbadores a los que estamos asistiendo es la llamada *desnaturalización del cuerpo*. Por consiguiente, antes de iniciar esa reconquista, sería necesario preguntarse qué cuerpo deseamos habitar. O qué es, en suma, un cuerpo.

De un modo análogo, y antes de descartar en términos éticos la pornografía, ¿no sería posible imaginar una pornografía concebida también para uso y disfrute de las mujeres? ¿O acaso las mujeres estamos obligadas a ejercitarnos únicamente en la ternura y en la delicadeza? Soy de la opinión de que todo el mundo tiene derecho, de vez en cuando, a la vulgaridad. Como contrapartida a la prescripción de nuevos valores y códigos sexuales –práctica que, aun siendo bienintencionada, deriva fácilmente en censura–, tal vez fuese posible proponer un repertorio de creaciones surgidas de nuestra propia fantasía. Hasta donde sabemos, cuando la ocasión lo requiere, nuestro deseo puede ser tan crudo y desprovisto de sentimentalidad como el de –si fuera el caso– los varones.

En lo que atañe a la defensa de una especificidad de los códigos lingüísticos masculino y femenino, la cuestión se presenta igualmente compleja –y, por lo mismo, estimulante. Una vez reconocida la diferencia entre el lenguaje de los hombres y el de las mujeres, ¿cómo trazar los lindes sin caer en la tentación de lo absoluto? Conozco a hombres que usan con naturalidad palabras como “riquiño”, que la autora tipifica como exclusivas del hablar de las mujeres gallegas (p. 73). Como muchas mujeres, he sido consolada con frecuencia por más de un buen amigo, y es justo dejar constancia de su inclusión en el grupo de quienes acarician al hablar. También sé de alguna madre que ha aprendido el consuelo de sus hijos varones. Sería injusto negar que hay hombres muy tiernos “después de”. Y es justo reconocer que hay mujeres que “después de” no quieren la ternura, sino el vuelta a empezar.

El problema del feminismo de la diferencia es, una vez más, quién establece las diferencias, por qué y sobre todo para qué. Pues sería un peligro que, en vez de liberarnos, la diferencia nos fuese impuesta de nuevo como norma. Una vez superado (¿una vez superado?) el mundo que distinguía las canastillas azules de las rosas, no sería un avance que, para mayor confusión, se inviertan los colores con tal de perpetuar las jerarquías. Es un peligro al que no es ajena la autora, que lo conjura, con Patrizia Violi, en una sutil crítica al lenguaje políticamente correcto: “máis aló do éxito dos resultados, o problema da transformación lingüística resulta interesante como provocación e desenmascaramento dunha ideoloxía escondida (e, polo xeral, inadvertida), que como proposta que teña que defenderse por resultar práctica ou viable” (p. 69).

A pesar de la diferencia sexual, y de todas las oposiciones que gozamos y padecemos, la historia y las historias conocen necesariamente más de dos variantes. Moure lo reconoce varias veces a lo largo del libro, como si temiera deslizarse por la pendiente de la argumentación fácil y supiera evitar, elegante, el atajo (“As distincións de matiz”, dice en la página 80, “son a base do coñecemento”). De ahí que, con frecuencia, parezca anticiparse a las objeciones que, buena abogada de causas no perdidas sino justas, prevé que pudieran hacerse a sus hipótesis. Véase, por ejemplo, el modo en que desmiente la identidad entre mujer y madre: “Podería deducirse, de todo o anterior, que a aventura da maternidade é a única que se vai reclamar como peculiar da muller. Nada máis lonxe da realidade. Muller e nai non son categorías idénticas e converter a maternidade no proxecto co que as mulleres acadan unha existencia ‘completa’ é un dos máis fortes mitos da nosa cultura, mito recente e burgués onde os haxa” (p. 29-30). O, más adelante, refiriéndose a la fuerza heredada de las madres: “Esa forza non é un patrimonio das mulleres. Ser home ou muller é un accidente biolóxico, así que todos, feitos da mesma lama, podemos acceder ás mesmas habilidades, ás mesmas virtudes, aos mesmos defectos. A sociedade constrúenos logo como mulleres ou como homes a través de poderosos mecanismos de modelización, do estilo da linguaxe que estamos sometendo a análise. A proposta que se fai nestas páxinas é unha invitación a valorar a palabra, sempre acalada, da muller; non porque as mulleres teñan máis razón cós homes, non porque sexan mellores” (p. 115-116). La autora sabe que muchos de los argumentos que maneja son fácilmente reversibles: de ahí su audacia. No rehúye el reto y sale airosa. Hay una batalla verbal en este ensayo, que es la que libra el yo femenino que ensaya (y que relata: Moure es, también cuando piensa, narradora) para no ser objeto de malinterpretaciones. La lucha contra el malentendido es una de las mayores pruebas a las que deben enfrentarse las mujeres que escriben.

Por no temer, Moure ni siquiera les teme a las palabras. Tampoco a la palabra *esencialismo*, blanco de las críticas de los movimientos contemporáneos vinculados a la reivindicación de las minorías. La crítica literaria Gayatri Spivak ha acuñado la afortunada expresión *esencialismo*

estratégico. Siempre lúcida en su evocación de los retos del pensamiento poscolonial o, por mejor decir, neocolonial, Spivak sintetiza las paradojas del feminismo en el mundo contemporáneo, dominado, hoy como ayer, por la lógica depredadora del capital. El esencialismo estratégico, al que resulta fácil –pero no obligado– adherirse también desde Galicia, pretende salvar la tensión, por lo demás inevitable, entre el reconocimiento teórico de la inestabilidad identitaria y la necesidad práctica de fundamentar las demandas de reconocimiento en identidades estables.

Una vez denunciada la evidencia de la biología habrá incluso que denunciar la evidencia de la naturaleza. Porque la naturaleza, más que objeto de celebración o de elegía, ha de ser entendida como máquina ecológica.¹ Y ahí puede entrar en juego una acepción comprometida del sistema ciencia/técnica. Una acepción dichosa del saber. Gracias a esta *Palabra das fillas de Eva* aprendemos, entre cosas no menos útiles, que la palabra *dicha*, en el sentido de felicidad, equivale al conjunto de las cosas que se dicen. Al final, va a ser cierto que la etimología servía para algo. Así que a la espera de que Moure siga diciendo cosas para nuestra dicha (me atrevo desde aquí, por ejemplo, a pedirle una reflexión sobre la masculinidad), rescato de este libro todo el libro y recomiendo encarecidamente su lectura. La intensidad del pensamiento, el amor a la lengua. El amor golpeando el centro de la lengua.

MARÍA DO CEBREIRO RÁBADE VILLAR
Universidade de Santiago de Compostela

¹ En este sentido, ha escrito Antonio Negri: “É sobre a humanidade da natureza onde a batalla ecolóxica é auspiciable e posible. Se non fose así, ¿qué máis nos podería dicir da natureza? Presentaríase como un monstro, ou ben como unha deidade intocable, incluso no desenvolvemento e na manusión practicados polo capitalismo maduro. O capital dános a natureza invertida –transformouna nunha máquina; a nós correspóndenos intervir sobre esta máquina, romperlle as direccións impresas polo patrón, repulir o concepto é resituírlle ó home [aquí Moure y la abajo firmante añadiríamos, con toda la razón, también a la mujer] un dispositivo practicable. O paso á ecoloxía cumprímolo en plenitude desde a definición social do traballo. *A ecoloxía é a sociedade do obreiro social, porque existe a fábrica.*” Antonio Negri (1991), “A natureza como máquina ecolóxica”, *A Trabe de Ouro* 7: 409-413. La cita corresponde a la página 412.